

Cambio de paradigma: Ruptura y oportunidad

Dolly A. Cardozo Ch.
doalca@hotmail.com

Cuando hablamos de paradigma nos encontramos con un número considerable de definiciones. Todas estas definiciones apuntan a que un paradigma viene a ser un conjunto de reglas, compartidas por una comunidad, respecto a los problemas y sus soluciones, las reglas que modulan la elaboración teórica, la recopilación de datos, las estrategias y técnicas metodológicas y las alternativas explicativas de los fenómenos. El paradigma constituye así, el conjunto de directrices que implica una visión del mundo, y que condiciona el proceso de teorización. Según Thomas Khun (1962) cada paradigma delimita el campo de los problemas que pueden plantearse, con tal fuerza que aquellos que caen fuera del campo de aplicación del paradigma ni siquiera se advierten.

Los paradigmas, al asumirse como ciertos, son fáciles de adoptar; pero pueden llegar a ser peligrosos si los consideramos como verdades inmutables que valen para todo. Las nuevas tendencias y los cambios



dinámicos impuestos por la globalización, hacen que las organizaciones, las instituciones, las naciones todas en general, no sin contradicciones, se debatan en la urgente necesidad de orientar su accionar al entendimiento y acompañamiento de esa dinámica de cambio.

Estos cambios no solo son globales, sino que se suceden con gran rapidez y profundidad, y demandan de todas las naciones del mundo la acumulación tecnológica basada en la intensidad del conocimiento, la automatización y robotización de la producción, la transnacionalización del comercio, la revolución de la informática, de la biotecnología y de las telecomunicaciones. Esta realidad conforma un nuevo escenario mundial que implica, por lo mismo, un espacio que requiere de nuevas respuestas en el orden político, económico, ecológico, cultural y educativo.

En el aspecto económico, el surgimiento de un nuevo paradigma

impone a las naciones un reto. Ahora, las naciones perciben su desarrollo y competitividad hacia una concepción de sostenibilidad de los recursos naturales, de tecnología al servicio de la persona, y hacia una estrategia de desarrollo centrada en cada ser humano.

Todos estos cambios van conformando, así mismo, una nueva cultura, caracterizada por la manera de pensar y de visualizar la realidad, por una nueva forma de desarrollar las actividades, y una actitud y valores dirigidos hacia la innovación y la creatividad. Las organizaciones de cualquier tipo y naturaleza, inmersas ahora en estos cambios culturales, si pretenden permanecer, crecer y consolidarse, deben considerar desarrollar varias capacidades: estimular el pensamiento disruptivo, actuar con conocimiento de las fuentes de innovación, realizar vigilia tecnológica, enfocar los problemas transdisciplinariamente, estar dispuestos a la autotransformación, generar spin-off y utilizar la asociatividad como estrategia competitiva.

En el campo educativo, convivimos en una sociedad compleja, donde las relaciones se establecen en forma de red, y donde los comportamientos sociales son cada vez más difíciles de predecir. Vivimos en un mundo conformado por nuevas relaciones sociales, donde la creatividad, la iniciativa, la capacidad de adaptación, de aprendizaje permanente, de trabajar en equipo, de cooperar, pasarán progresivamente

a ser elementos decisivos. En esta perspectiva, a todos los que de una u otra forma participamos del hecho educativo, en cualquiera de sus niveles, nos corresponde llevar a cabo la tarea de formar desde jóvenes a ciudadanos críticos, socialmente responsables, creativos, autónomos, iniciados en el arte del diálogo y la participación activa y democrática.

Desde la óptica ecológica, estamos enfrentando toda una serie de problemas globales que están dañando la biosfera y la vida humana, de manera tan alarmante que muy pronto puede hacerse irreversible. Para todos resulta impensable que la preocupación por el medio ambiente pueda considerarse un simple tema de moda, un tema aislado entre muchos. El tema ecológico es un referente obligatorio en todas las actividades humanas, en nuestros negocios, nuestras políticas, en la ciencia, en la investigación, en la cultura. En nuestra época se plantea el gran desafío de construir y fomentar comunidades sostenibles, medio ambientes sociales, culturales y físicos en los que podamos satisfacer nuestras necesidades y aspiraciones, sin disminuir las oportunidades de las generaciones futuras. En otras palabras, una comunidad sustentable diseñada de manera tal que su modo de vida, negocios, economía, estructuras físicas y tecnologías no interfieran con la capacidad inherente a la naturaleza para sostener la vida.

En el orden político, la nueva realidad impone que si bien los

gobiernos nacionales deben mantener su relevancia, la mayor atención habrá que darla a los gobiernos locales y regionales. Se hace impostergable el empoderamiento de las comunidades que se organizan frente a una multitud de asuntos, y que ven manifestado su análisis político cuando piden acciones de los funcionarios o cuando los elijen. Es necesario, entonces, fortalecer la sociedad civil: escuelas, familias, asociaciones de bien público, fundaciones, medios de comunicación, clubes, entre otros. Desde lo discursivo ya no se apela a los votantes o ciudadanos, sino a un sujeto que se conceptualiza como vecino, usuario o consumidor. La población de una nación, desde la perspectiva política, debe visualizarse como gente normal que se caracteriza, principalmente, por la ausencia de afiliación política y que reclama de sus líderes políticos inmediatez, espontaneidad, cotidianidad, una interacción más personalizada y cercana.

El cambio siempre ha acompañado a la historia del hombre, por lo tanto el cambio de paradigmas no es característico de los tiempos actuales. El desarrollo de la civilización, en cada época, ha estado marcado por una transformación fundamental en el modo de pensar, percibir y valorar. No obstante, en la actualidad, la transformación de la conciencia es lo más esencial, y ha de ser lograda simultáneamente con el cambio de paradigmas, si pretendemos conformar un mundo mejor.

En variados aspectos de la vida

actual se plantean una serie de interrogantes, para las cuáles el paradigma de la complejidad pareciera poder dar respuesta. En las últimas décadas el concepto de complejidad se ha integrado prácticamente en todos los ámbitos. Se habla de una realidad compleja, de la teoría de sistemas complejos, del paradigma de la complejidad. Morin (2002), en contraposición al denominado paradigma de la simplificación, define siete principios básicos que guían el pensamiento complejo, considerándolos complementarios e interdependientes y, adicionalmente a estos principios orientadores del pensamiento complejo, Morin plantea lo que denomina “política de civilización”, orientadora de los valores y de la acción, introduciendo la denominada “estrategia ecológica de la acción”.

Morin (2002) propone el principio organizacional o sistémico, bajo el que se relaciona el conocimiento de las partes con el conocimiento del todo; el principio hologramático, que incide en que las partes están dentro del todo y el todo está en cada parte; el principio retroactivo, según el cuál una causa actúa sobre un efecto y, a su vez, éste sobre la causa; el principio recursivo, que supera la noción de regulación al incluir el de auto-producción y auto-organización; el principio de autonomía y dependencia, en el que expresa la autonomía de los seres humanos, pero también su dependencia del medio; el principio dialógico, que integra lo antagónico como complementario; el principio de la reintroducción del

sujeto, que introduce la incertidumbre en la elaboración del conocimiento, al poner de relieve que todo conocimiento es una construcción de la mente.

El paradigma de la complejidad aspira al conocimiento de la diversidad y de lo particular, reconoce diferencias de procesos integrados en un sistema o todo organizado; nos exhorta a construir una ciencia integradora y, por tanto, inter y transdisciplinaria. Siendo así, ante una ciencia que excluye la aleatoriedad, las bifurcaciones y fluctuaciones, el paradigma de la complejidad los incorpora y brinda una visión sinérgica de la misma, ofreciendo la posibilidad de una transformación profunda de la forma de percibir y de aprehender la realidad.

El Paradigma de la complejidad acompaña a este nuevo individuo que asume una nueva manera de conocer, de pensar y de entender la vida. Por ello no responde a una ciencia ni a una disciplina específica; es, por naturaleza propia, azaroso, irregular; navega entre el orden y el caos, es campo fértil para el desarrollo de una nueva consciencia.

El cambio de paradigma, por todo ello, no es sólo ruptura, es una oportunidad para ampliar y expandir los espacios de libertad que el individuo ha conquistado en las últimas décadas, aunque hoy por hoy, en muchas oportunidades pareciera que le tenga

miedo a esa libertad, la malgaste o renuncie a ella entregándola al mejor postor. El nuevo paradigma impone la necesidad de volver a repensar cuál es nuestra misión, como ciudadanos, padres, educadores, legisladores, orientadores; ya que es la falta de esta misión, la que nos lleva en muchas oportunidades a transitar la vida sin un norte. Necesitamos proyectos en común, repensar los valores, los derechos y deberes, necesitamos llenar de contenido nuestras vidas, volver a tener proyectos que se logren en co-responsabilidad, sentirnos parte fundamental del todo, y sentir el todo en cada una de nuestras acciones, sentirnos y comportarnos como ciudadanos de un mundo que reclama una actitud más cónsona con lo que es el sentir de una verdadera y genuina humanidad.

La crisis actual que vive el planeta es un fenómeno tremendamente complejo, involucra aspectos de carácter social, económico, político, cultural. La salida a la crisis no es volver atrás, se hace necesario enfrentarla bajo una nueva óptica, un nuevo paradigma que rompa con lo anterior y brinde la oportunidad de crear otra realidad posible, es necesario reinventarla, reconstruirla con la participación activa de todos; basta ya de la ausencia de adultos, adultos que se perdieron a sí mismos, adultos que ya no creen en sí. Es hora de creer, de evolucionar, de crecer, de innovar, de nuevos paradigmas, de ruptura y oportunidad.

Kuhn, Thomas (1962) La estructura de las revoluciones científicas. Fondo de Cultura Económica. Madrid
Morin E (2002) Educar en la era planetaria. Editorial Valladolid. España